

UNA ODA DE
PINDARO

por Edoardo Crema

Edoardo CREMA

La personalidad del profesor EDOARDO CREMA es una de las más conspicuas de la Venezuela de hoy, en lo que a problemas de la literatura nacional y universal se refiere. Nacido en Padua (Italia, 1892), ha hecho de Venezuela su segunda patria, desde 1938 que reside entre nosotros.

La dilatada labor de cátedra que lleva realizada y las numerosas obras que ha recogido en volúmenes, de excepcional calidad, han hecho que nuestra juventud le considere como una de las mayores autoridades literarias del país.

Sería tarea demasiado prolija enumerar la extensa nómina de sus publicaciones, pero son de destacar sus trabajos interpretación crítica y ensayos sobre la obra de Juan Vicente González, Lazo Martí, Romero García, Rómulo Gallegos, Arturo Uslar-Pietri, Antonio Arráiz y tantos otros varones ilustres de la nacionalidad, a quienes ha estudiado con su sensibilidad poco común y el cariño que le es característico para todo lo que transparente venezolanidad. Dos de sus obras merecen especial mención, "Andrés Bello a través del Roman-



ticismo" y "Trayectoria religiosa de Andrés Bello", que lo hicieron acreedor al "Premio Nacional Andrés Bello", que le fué otorgado en 1955.

El trabajo del profesor CREMA que recogemos en las páginas que siguen fue redactado especialmente para el primer número de este "BOLETIN".

R. P-D.

UNA ODA DE PINDARO

Por

Edoardo CREMA

(Comentarios, traducción y notas de Edoardo Crema)

VII OLIMPICA

A DIAGORAS DE RODAS VENCEDOR EN EL PUGILATO

(Olimpiada 79 (404 a. J. C.))

INTRODUCCION

En tiempos muy remotos los dioses se repartieron la tierra por medio de un sorteo. No estuvo presente en el acto Helios, el Sol, dios de la luz, que se quedó sin su lote. Quejóse Helios ante el rey de los dioses, Zeus, quien estuvo dispuesto a repetir el sorteo; pero Helios se negó porque sabía que había de surgir de los abismos del mar una isla y quiso que Láquesis, diosa del destino, de acuerdo con Zeus, se la concediera. La isla brotó, fue Rodas, nacida del mar y del Sol. Más tarde la isla fue fecundada por Helios mismo, que así se convertía, por tanto, de padre en esposo de Rodas.

Mientras tanto nacieron otros dioses. Así nació Atenas de la cabeza de Zeus, y previendo Helios que aquélla protegería las artes y la cultura, exhortó a sus hijos rodienses a rendirle culto. Los rodienses obedecieron y Zeus en agradecimiento hizo descen-

der sobre ellos una lluvia de oro. Atenas, por su parte, los convirtió en los artistas más consumados, que a poco poblaron la isla de estatuas que parecían moverse.

Así vivían los rodienses cuando la isla fué invadida por gentes venidas de Grecia. Ocurrió que Tlepólemo, hijo de Heracles y rey de Tirinto, descendiente de Zeus y de Astidamía, hija de Amíntor, en un lance personal dió muerte a su tío Licimnio. El oráculo de Delfos, Apolo, le ordenó marcharse de las orillas de Lerna a una tierra ceñida por el mar y antaño inundada por copos de nieve de oro. Tlepólemo obedeció y, en su honor, en Rodas se instituyeron sacrificios y juegos atléticos.

Estos son los acontecimientos míticos y legendarios que Píndaro narra en la parte central de la oda, el *Ó m p h a l o s*, pero los narra en sentido inverso a su verdadera cronología: primero habla de la emigración de Tlepólemo, para concluir con el nacimiento de la isla de Rodas.

Los mitos —como se sabe— constituyen una explicación pseudo-científica, poética y religiosa de fenómenos naturales. Las leyendas, por su parte, son la ampliación o explicación poético-religiosa de algunos acontecimientos históricos. El mito que hace de Rodas la hija de Afrodita y de Helios y luego la esposa de éste, explica el nacimiento geológico de la isla. Rodas surgió del mar, simbolizado en Afrodita, y después fue fecundada en mieses y greyes por el Sol. El mito, físico en un primer momento, luego se fué humanizando haciendo del Sol un *D a í m o n*, es decir, un genio, un dios, y de Rodas una ninfa. Rodas surgió en realidad de un inmenso levantamiento calcáreo que hizo sobrenadar del mar grandes extensiones de tierra, desde el Asia Menor hasta Grecia y los Balcanes. Parece que el mito nació de que en las rocas calcáreas de Rodas se encontraron restos de animales marinos.

De los acontecimientos históricos que se mencionan en la oda, en primer lugar, está la suerte de los primitivos habitantes de la isla de Rodas —los hijos del Sol, como diría Píndaro, o los hijos del mar o Poseidón, como reza una variante del mito— que fueron hábiles artistas para la forja del hierro y del bronce, virtud que aparece en la oda como un don de Atenas, agradecida por el culto que le rendían los rodienses. En segundo lugar, se menciona la invasión dórica a la isla, que la oda explica como una orden de Apolo a Tlepólemo. En esta explicación, como se observa, hay al mismo tiempo que una leyenda —por cuanto hay ampliación y modificación de hechos históricos— un mito,

ya que se busca una explicación poético-religiosa de estos mismos hechos, como si se tratara de fenómenos naturales.

La oda parece ajustarse estrictamente al *N ó m o s* de Terpandro, según el cual toda oda debe adaptarse, en su estructura, a una como arquitectura simétrica. Según esto, la oda está integrada por una introducción (*A r k h á*), en la cual el poeta se refiere a los sucesos de actualidad en que se inspira y saluda al vencedor, a su patria y a su familia, o se dirige a su misma oda; sigue a continuación la parte central de la oda (*Ó m p h a l o s*), en el que el autor describe uno o varios mitos o leyendas; y, finalmente, el epílogo (*S p h r a g í s*), en el que vuelve el autor sobre los sucesos de actualidad que inspiraron la oda, tributa nuevos saludos al vencedor, a su patria y a su familia, o bien se refiere a su musa.

El paso de una parte de la oda a otra, por ejemplo, del *A r k h á* al *Ó m p h a l o s*, o de éste a la *S p h r a g í s*, se realizaba por medio de una sentencia de carácter moral o religioso, por regla general. Esta sentencia recibía el nombre de *K a t a t r o p á* (primera vuelta) la primera, que parecía tomar forma sensible, hegelianamente, en la narración mítico-legendaria; y *M e t a k a t a t r o p á* (segunda vuelta) la segunda, que parecía sacar una nueva experiencia de la narración central y preparar para el desenlace. El paso de un mito a otro, también, en el caso de un *Ó m p h a l o s* complejo, se realizaba generalmente por medio de una sentencia.

De acuerdo con lo dicho, lo que podríamos llamar la actualidad en la oda que nos ocupa, o sea el saludo y los votos del poeta por la victoria de Diágoras, se puede situar en el *A r k h á* entre el verso 1 y el verso 23, y en la *S p h r a g í s*, desde el verso 81 al 95. La parte mítico-legendaria, el *Ó m p h a l o s*, está en el centro de la oda, como ya dijimos, desde el verso 27 al 81 y abarca: la leyenda de Tlepólemo emigrando a Rodas (versos 27-33), el mito del nacimiento de Atenas y de la civilización artística de la isla (versos 34-53) y el mito del nacimiento de Rodas y de su civilización, hasta la llegada de Tlepólemo (versos 55-80). En cuanto a la sentencia de la primera vuelta (*K a t a t r o p á*) abarca los versos 24-26; la de la segunda vuelta (*M e t a k a t a t r o p á*), hacia la parte llamada *S p h r a g í s*, está en los versos 79-81; y las sentencias intermedias del *Ó m p h a l o s*, se encuentran en los versos 44 y 53-54. En el fondo hay sólo una sentencia básica, pluralizada: nadie puede saber ni lo que sucederá, ni si un mal puede engendrar un bien, pero sería bueno saber lo que

está por suceder; como lo sabía el Sol que pudo prever el nacimiento de Rodas. Hay tres errores o deficiencias: quien peca, quien olvida y quien está ausente. Con todo, de lo malo salió lo bueno: Tlepólemo colonizó a Rodas, Atenas dió a Rodas su cultura artística y Helios poseyó a Rodas.

La oda, según Gorgona, fue escrita con letras de oro y colgada en el templo de Atenas, o en Lidia o en Rodas.

TRADUCCION

Estrofa I

A Como el hombre que un cáliz de oro —preciosa muestra
 r de cuantas riquezas posee,
 kh en donde el rocío
 á de los racimos hierva —levanta con pródiga mano y lo ofrece
 5 a su joven yerno, libando para una y otra casa y honra al banquete
 [y al pariente,
 y entre los jóvenes hace digno de envidia al de la boda unánime:

Antiestrofa I

así yo, de mi espíritu el fruto suave destilando
 a los héroes que en Olimpia y en Pito
 vencieron en la lucha,
 10 quiero, con el néctar de las musas, hacerme propicio. Feliz
 quien coronado está de fama noble. La gracia que embellece la
 [vida, a uno y otro protege,
 con notas suaves de cítaras, con varios suspiros de flautas.

Epodo I

Y ahora con flautas y cítaras, cantando a Diágoras, he llegado
 a Rodas, la ninfa marina, hija de Afrodita y de Helios;
 15 y al hombre audaz y poderoso ensalzo, quien cerca de Alfeo
 y cerca de la fuente Castalia,
 venciendo en el pugilato, fue ceñido de coronas; y a su padre Da-
 [mageto, amado de la justicia.
 Ellos tienen su estancia, con los hombres de Argos, cerca de la
 [espuela
 del Asia infinita, en la isla que tres rocas hacen famosa.

Estrofa II

20 Se alardean de que es Zeus su raíz paterna; porque son
 poderosa progenie de Heracles;
 y de Astidamía
 su abuela, fue su padre Amíntor. Ahora yo, de los primeros tiem-
 [pos saliendo,
 quiero la antigua leyenda de Tlepólemo explicar. De los hombres
 [alrededor de las mentes
 25 cuelgan errores innumerables y nadie puede nunca prever

Antiestrofa II

0 cuáles hechos maduran para el hombre una suerte más propicia.
m Un día, en Tirinto, el señor
ph que vino a esta isla,
a en un exceso de furor, sacudió su cetro de duro oleastro
l 30 y mató a Licimnio, hermano bastardo de Alemena, nacido en el
o [tálamo de Midia: pues la ira
s trastorna la mente aún a los sabios. Y al dios pidió un oráculo.

Epodo II

Y el dios de cabellera de oro, desde los ámbitos embalsamados
[del templo, le impuso
zarpar de la orilla de Lerna hacia un pasto ceñido por el mar,
allá, donde el gran rey de los dioses antaño inundaba la roca
35 con copos de nieve dorada,
el día en que, por el arte de Hefaisto, con el golpe de un hacha de
[bronce, desde el alto cerebro del padre,
Atenas saltó afuera, lanzando un grito agudísimo, inmenso,
y a toda Gea y Urano sacudió un estremecimiento horrible.

Estrofa III

El hijo de Hiperión, el dios que esparce la luz,
40 pensando en las futuras ventajas,
a los hijos amados
impuso que (fuesen los) primeros (en) levantar un altar resplan-
[deciente a la diosa,
y ofreciendo sagradas libaciones endulzaran del padre y de la hija
[que se complace en pelear, el corazón;
pues a los hombres es saludable conocer de Prometeo el arte.

Antiestrofa III

45 Pero una nube imprevista de olvido sobre ellos extendióse
y lejos de la senda justa
desvió sus mentes;
ascendieron el Acrópolis desprovistos del germen divino de la llama
y consagraron el templo sin quemar víctimas. El padre condensan-
[do sobre ellos una nube amarilla
50 hizo llover mucho oro. Y a ellos la diosa de los ojos glaucos,

Epodo III

concedió que sobresalieran entre los hombres con hábiles manos en
[todas las artes;
y estatuas semejantes a los seres que se mueven poblaron las calles;
por lo cual sobre ellos se difundió una gloria excelsa. Quien es sa-
[bio en su arte hace prodigios
sin fraude, aun cuando exceden la medida.
55 Las antiguas leyendas de los hombres cuentan que un día Zeus
[y los dioses se partieron la tierra,
cuando todavía entre los fluctos marinos no era visible Rodas;
pero ya la isla en los abismos salados yacía.

Estrofa IV

Y que el Sol no estaba y que nadie sacó para él su lote.
 Así lo dejaron, sin
 60 posesión de tierras,
 al dios puro! Y él lo dijo a Zeus; y a repetir el sorteo
 ya Zeus estaba dispuesto. Pero Helios no quiso. Desde el fondo del
 [mar, entre espumas, veía —les dijo—
 surgir una tierra fecunda de mieses, riente de greyes.

Antiestrofa IV

Y a Láquesis de ínfula de oro, suplicó que las palmas
 65 levantara bien altas y jurara
 no violar
 el gran juramento de los dioses: sino que, a un tiempo, consintieran
 [que la isla, una vez salida a la luz,
 fuera eterno dominio del hijo de Cronos. Coincidiendo con la verdad,
 los vértices de aquellos discursos florecieron. Y la isla, desde el
 [húmedo abismo brotó.

Epodo IV

70 Y ahora, por suya la tiene el señor que engendra los rayos ar-
 [dientes,
 que guía los caballos de aliento inflamado. Y aquí un día, se unió
 con Rodas; y nacieron siete hijos, las mentes más sabias
 que existieron entre los hombres primitivos.

Y uno de ellos fue padre de Yaliso, que le nació primero, y de
 [Camiro y de Lindo. Y se partieron el reino,
 75 dividieron la tierra paterna en tres partes: cada uno una roca
 conservó; y aún de sus nombres las zonas sacaron los suyos.

Estrofa V

Para que expiara la fatal desgracia, para el rey de los tirintios,
 Tlepólemo, un dulce consuelo,
 como es costumbre entre los dioses,
 80 aquí fue establecido: un cortejo fumante de sacrificios y un juicio
 de juegos: cuyas flores tres veces a Diágoras ciñeron la cabellera
 [y cuatro en el Istmo famoso:
 y una sobre otra en Nemea y sobre las rocas de Atenas.

S
 ph
 r
 a
 g
 i
 s

Antiestrofa V

También conociéronle bien los bronces que se forjan en Argos,
 y las obras de Arcadia y de Tebas,
 85 las luchas felices,
 Pellene y Egina: aquí venció seis veces; ni hablan distinto
 Megara y sus mármoles grabados. —Ea, Zeus, señor que gobiernas
 [las vertientes del monte Atabirio,
 honra las leyes de la oda que honra a quien venció en Olimpia:

al hombre que en el pugilato encontró su gloria. Concede
 90 que gracia entre sus conciudadanos, que gracia entre los huéspedes,
 [encuentre,
 pues él marcha por sendas enemigas de soberbia; y bien conoce
 la sabiduría de los padres.

De Calianaxe la estirpe común, esconder no te guste. Si se ha-
 [cen fiestas en honor de los
 Erátides, también la ciudad es sonora de fiestas. Pero en un punto
 95 del tiempo, por varios rumbos se desenfrenan las furias del viento.

N O T A S

Versos:

17-18.— Diágoras era hijo de Damageto, un Heráclides de la “gens” de los Erátides, quienes veían su progenitor en Calianaxe. Los Erátides eran señores de Yaliso, una de las tres ciudades de Rodas.

18-19.— Con la expresión “espuela de Asia” alude Píndaro la larga península de Cnidia.

24.— Tlepólemo, hijo de Heracles y, por tanto, nieto de Zeus, tuvo por mujer a Astidamía, hija de Amíntor. Tlepólemo y Astidamía eran, pues, abuelos de Diágoras, cuyo padre fue —como ya se dijo— Damageto.

24-26.— Lo subrayado constituye la sentencia con que Píndaro pasa a la parte mítico-legendaria de la oda, al *Ómphalos*. Recuérdese que esta sentencia recibía el nombre de *Katatropá*, o sea, la primera vuelta.

27-30.— Licimnio era hermano de Alcmena, por consiguiente, hijo de Electrión, rey de Micenas; pero no era hijo legítimo, pues su padre lo había engendrado en su concubina Midea.

27-34.— La leyenda a que se refiere Píndaro en estos versos no es otra que la emigración dórica y el viaje de Tlepólemo a la isla de Rodas.

33-34.— El oráculo indica la isla —Rodas— perifrásticamente. El dios era Helios, el Sol.

35-43.— El mito que alude el poeta en estos versos es el del nacimiento de Atenas y el culto que se le tributó en Rodas.

41.— Como Rodas era hija del mar (Afrodita) y el Sol (Helios), éste

consideraba a los habitantes de Rodas como a hijos propios. Siendo profeta, además, pudo prever que Atenas colmaría de dones a los rodienses, a quienes impuso la obligación de rendirle culto, de adorarla.

- 44.— El “arte de Prometeo” era el del vaticinio. *Prometheus* significa providente, o sea el que ve o sabe de antemano. Con la sentencia contenida en este verso —lo subrayado— pasa Píndaro a la segunda parte del *Ómphalos*, es decir al mito de cómo Rodas se hizo grande por su actividad artística. Como se observa, un hecho histórico —la actividad artística de Rodas— se explica como un don divino. Pero lo que es una leyenda se trueca en mito, porque la actividad artística de Rodas está explicada como un fenómeno natural producido por la intervención sobrenatural de Atenas.
- 45.— Al decir Píndaro “ellos”, se refiere a los rodienses.
- 50.— La “diosa de los ojos glaucos” de Atenas.
- 53-54.— Lo subrayado constituye la sentencia con que Píndaro pasa a la tercera parte del *Ómphalos*, esto es, al mito que explica el fenómeno natural del nacimiento de la isla de Rodas.
- 64-67.— Píndaro describe aquí el modo como los dioses juraban.
- 68-69.— Los discursos son vistos como arbustos cuyos vértices —ramas más altas— florecen. Esto coincide con la verdad, con la realidad, pues no hay que olvidar que Rodas (*Ródos*) significa rosa (*Ródon*); de allí también que la isla no naciera sino que brotara.
- 71-72.— Nacida —como ya se dijo— de Helios y de Afrodita, Rodas fué fecundada por el mismo Helios, viniendo a ser Rodas, por tanto, además de hija, esposa del Sol. En estos versos se explica pues, sintéticamente, tanto el nacimiento de la isla como su fecundidad.
- 74-76.— Era costumbre de la raza dórica dividir el reino en tres partes y tres ciudades, cada una con su roca y su acrópolis.
- 79-80.— Aquí se inicia la segunda vuelta (*Metakatatropá*), con la cual Píndaro vuelve a referirse a los sucesos de actualidad, la victoria de Diágoras. La sentencia —subrayado— que indica el paso está en el verso 79, en el que se afirma que “es costumbre entre los dioses” establecer “un dulce consuelo” a las víctimas de “fatal desgracia”. El “dulce consuelo” no es otro que los sacrificios y juegos instituidos en honor de Tlepólemo.
- 81-87.— Estos versos contienen la enumeración de las victorias atléticas de Diágoras y de los varios lugares donde se impuso. La enumeración comienza con las dos victorias obtenidas en los juegos verificados en honor de Tlepólemo (Ver nota anterior).

- 83.— En los juegos de Argos el premio consistía en un escudo de bronce.
- 86-87.— En Megara se premiaba al atleta vencedor grabando su nombre en una columna.
- 87.— El monte Atabirio es el más alto de Rodas, situado en el centro de la isla. Zeus tenía allí su templo.
- 93.— Calianaxe había engendrado no sólo la familia de Diágoras, sino también la “gens” de los Erátides, señores de Yaliso.
- 93-94.— En estos versos hay algo oscuro. Si hacían fiesta los Erátides, también las hacía la ciudad, como si ésta quisiera honrar a sus señores. Con todo, parece que algo temían: de allí la alusión de Píndaro a los vientos que cambiaban los rumbos.